

# SEMBLANZAS

## ► Fernando Cabieses, la aventura de la sabiduría<sup>1</sup>

JOSÉ DEXTRE CHACÓN<sup>2</sup>

Esta conferencia tiene un objetivo que espero lograr: mostrar algo de la filosofía que, creo, poseía Fernando Cabieses y lo que podemos aprender de ella. Espero mostrar cómo para el científico, el sabio, lo primero era la persona humana y que en la actuación profesional, aunque parezca utópico, debemos recurrir a lo que nos dice el corazón.

Fernando Cabieses Molina cumpliría 89 años en este mes de abril. Durante toda su vida, la búsqueda del saber fue su misión vital. Como los sabios griegos de la antigüedad, su ejemplo nos enseñó que en esa aventura constante por descubrir nuevas verdades existe la posibilidad de encontrarse con la felicidad y que la ciencia no existiría sin la única certeza de que no sabemos todo.

La relación de Fernando Cabieses con la ciencia fue una aventura, palabra que él acostumbraba a utilizar ante cada nuevo proyecto emprendido. Nada más real en su caso. Una aventura puede ser definida en términos emocionales como una relación amorosa al margen de la que se juró profesar. El primer amor de Fernando Cabieses fue la medicina pero, paralelo a ese amor, a lo largo de su vida fue atraído por nuevos intereses

a los que dedicó idéntico amor y pasión. Una aventura es también una empresa de resultado incierto, donde lo desconocido, en su caso, esa duda constante que lo motivaba a encontrar la verdad, lo sedujo hasta atraparlo de por vida y convirtió la aventura de la sabiduría en su pasión permanente.

La relación que Fernando Cabieses asumió entre el saber, el amor y la felicidad se refleja en toda su vida y obra. No es una aventura egoísta centrada en su ego o en su propia satisfacción. Es una aventura de servicio al otro. Es aprender para curar, aprender para enseñar, aprender para servir, y es por eso que Fernando vivió feliz. De ahí su bonhomía personal, su desapego a lo externo, a las vestimentas y costumbres usuales del hombre prestigiado o del médico exitoso para, por el contrario, enseñarnos una vida de sencillez, de trato igualitario y cálido, mostrando con ello, paradójicamente, que se es más grande mientras más humanidad reflejamos y se es más distinguido mientras más respeto mostramos por el semejante.

Elegir ser médico demanda una vocación de servicio al ser humano, por eso cuando Fernando Cabieses ofrece su primera

<sup>1</sup> NOTA DEL EDITOR: EL PRESENTE TEXTO FUE LEÍDO EN EL HOMENAJE QUE LA UNIVERSIDAD CIENTÍFICA DEL SUR LE RINDIERA AL DOCTOR FERNANDO CABIESES POR SUS SESENTA AÑOS DE INVESTIGADOR, EN 2006, DONDE, ADEMÁS, SE INAUGURÓ LA SALA QUE LLEVA SU NOMBRE EN LA BIBLIOTECA CENTRAL DE LA UNIVERSIDAD.

<sup>2</sup> UNIVERSIDAD CIENTÍFICA DEL SUR, FACULTAD DE INGENIERÍA DE SISTEMAS EMPRESARIALES.



charla a los postulantes a Medicina en la Universidad Científica del Sur, el título de ella es: "Ser médico es amar al paciente". Las páginas de su libro *Apuntes de medicina tradicional* poseen el testimonio de estas ideas. Frases como "cuidar con amor" y que "la medicina es el arte de cuidar a los enfermos" reafirman su amor primero. El amor virginal que de adolescente lo llevaba a convertir el garaje de la casa mirafloresina en una sala de operaciones, donde los perros que vagaban por la entonces llamada Huaca Juliana eran capturados por una propina que Fernando Cabieses daba a sus hermanos, como alguna vez nos contó uno de ellos, para luego ser intervenidos y descubrir así los misterios y las dudas que, como alumno del colegio Champagnat, no podían esperar a su ingreso a la universidad.

Fernando Cabieses desarrolla un ejercicio de virtud en su caracterización del ser médico. Así nos señala en su obra: "Se trata de amar. Se trata de entender en dimensión profunda lo que es la caridad. No solamente como simple virtud teológica ni como un cómodo aditamento de nuestra propia imagen en la comunidad, sino como la verdadera comprensión, respeto y hasta participación en las creencias, angustias y miedos de las personas que están frente a nosotros". En estas palabras, Cabieses desarrolla una ética aplicable a la formación de cualquier profesional que debe desempeñarse en una sociedad con tantas diferencias sociales como es el Perú.

Ya médico, Fernando Cabieses Molina inició su carrera de una manera brillante. Luego de egresar de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, se especializa en Neurología y Cirugía cerebral en la Universidad de Pennsylvania. Es pionero en el tratamiento quirúrgico de los aneurismas cerebrales, pero, como hemos descrito antes, no concibe el saber como un acto egoísta. Necesita ser feliz y el saber da felicidad cuando sirve a otros, por eso publica, por eso dedica tiempo –posible de ser empleado en otras actividades– a escribir decenas de artículos sobre su especialidad, que encontramos principalmente en la revista de la Sociedad de Neuropsiquiatría de Lima.

Sus tesis tanto de bachiller como de doctorado en Medicina reciben sendos reconocimientos y premios. "El sistema nervioso vegetativo cardiovascular y la vida en las alturas", título de la primera, un estudio sobre el soroche, le merecerá, por lo valioso para el desarrollo de la aviación, ser invitado a los laboratorios Randolph Field en Texas, donde se realizaban estudios similares. Su

tesis para el doctorado, denominada: "El tronco encefálico en las lesiones expansivas supratentoriales", lo hace acreedor al Premio Javier Prado del Certamen Nacional de Fomento a la Cultura.

Su carrera de médico brillante al servicio de los demás significó también fundar los servicios de Neurología en el Instituto de Enfermedades Neoplásicas, en el Hospital del Niño, en el Hospital Loayza, en el Dos de Mayo y en los tres hospitales de las Fuerzas Armadas, en una repetida demostración de facilitar el conocimiento al servicio del prójimo. Fernando Cabieses también ejerció la medicina en consulta privada y lo hizo casi hasta su muerte. A pesar de haber dejado de operar por el lógico avance de la edad, continuó asistiendo regularmente a la clínica donde laboró por muchos años para atender consultas de pacientes y de su equipo médico que necesitaban de su experiencia invaluable. Este amor al trabajo sorprende a muchos y coincide con su crítica a ciertos paradigmas que observa en nuestra sociedad a los que consideraba fruto de la persistencia de la relación opresor-oprimido en nuestro país. El opresor, dice, considera que "el oprimido es perezoso, y el oprimido que el opresor es un ocioso explotador. Ello genera una patogenicidad del trabajo. La creencia que el trabajo es dañino y puede ser causa de enfermedad". Su consultorio en el hospital era el laboratorio donde registraba e interpretaba frases como "mi marido trabaja mucho... se va a enfermar" o "doctor, mi hijo estudia demasiado... se va a volver loco". Sabemos que el trabajo es saludable en relación a la actitud con que lo asumimos. Recordarlo a los 88 años, sentado en su escritorio de rector emérito, dedicado a la lectura, al ordenamiento de su archivo, concediendo entrevistas, todo ello luego de superar dos derrames cerebrales que llegaron a impedirle hablar, es una demostración que nos impresiona y educa. Cabieses educaba con su ejemplo a hombres de toda edad. Era el arquetipo del anciano sabio.

Para muchos esta vida de amor profesional hubiese sido suficiente. Lograr ser un médico exitoso y de prestigio es la meta de muchos. Pero Fernando Cabieses no transitaba ese camino. La medicina, sobre todo como él la practicó, debía preocuparse del dolor. Tanto físico como espiritual. Fernando Cabieses muestra su preocupación por ir más allá de curar la enfermedad física incorporando el deseo de aliviar el sufrimiento. En años posteriores pondrá mucho cuidado en enseñar a los alumnos de medicina la



diferencia entre enfermedad y dolencia. Esta última, nos dijo, es el sufrimiento, la repercusión que la enfermedad tiene sobre la persona humana, sea el enfermo o quienes lo aman, y por ello su afán de formar un médico humanizado, sensible, que pueda dar amor y curar también el alma.

El investigar sobre el dolor y el sufrimiento lo hizo ser consciente de lo que él llamó una de las más obvias falacias de la práctica médica: "se habitúa a juzgar la enfermedad independiente del sufrimiento". Para él, ello deshumaniza la relación médico-paciente. Dice: "El médico científico, ocupada la mente en su propio perfeccionamiento técnico, tiene tendencias lógicas a romper el binomio esencial de la medicina: curar y cuidar. Se dedica más a curar o a prevenir y delega en la enfermera o en familiares la importante labor de cuidar". Este sentido humano de Fernando Cabieses lo hace trascender el amor a la medicina y relacionarse con la antropología, otro gran amor de su vida.

La relación con la antropología se inició académicamente en 1950 cuando Juan Lastres, historiador y profesor de San Marcos, le pide investigar las trepanaciones craneanas de las antiguas culturas peruanas. Fruto de esa investigación es la publicación del libro *La trepanación del cráneo en el Antiguo Perú*; sin embargo, y como lo he señalado en otro artículo sobre su obra, Fernando Cabieses es consciente de un sufrimiento no resuelto en nuestra sociedad: la del hombre indígena cuya cultura es menospreciada por el pensamiento dominante del Perú de su época y que aún hoy no somos capaces de valorar adecuadamente. En *Narración de una conquista*, cuyo primer tomo es la segunda edición de *Los dioses vinieron del mar*, Fernando Cabieses escribe: "Hoy vine a morir aquí... Vine a morir con ellos y por ellos, ya que los nuevos amos de esta tierra adolorida desprecian la historia de mi raza. No aprecian nuestro pasado y solamente destruyen, destruyen...", y luego señala: "apenas tocaron la superficie de nuestra cultura, encontraron tanto oro que cegaron de codicia...".

Observamos que Fernando Cabieses se expresa en primera persona en esta novela etnohistórica y asume el rol de un hombre quechua. Considero que son pocos los intelectuales peruanos capaces de actuar y pensar desde una cosmovisión andina. Incluso ha sido común, y hoy lo es más

aún, que el hombre quechua, aymara o perteneciente a otra cultura nativa, se incorpore al sistema educativo y ello lo conduzca al desarraigo de sus orígenes. Pierde o deja de usar su lengua, y lo que es peor, no transmite su cosmovisión a sus descendientes. Así, los hijos aprenden una cultura diferente y se incorporan a la cosmovisión occidental o criolla imperante. Fernando Cabieses, en otro ejemplo de vida, cuando festejó la primera entrega del Premio Cambie a la Conservación Ambiental, lo hizo mediante un pago a la tierra. Fernando Cabieses promovió el aprendizaje del quechua entre los médicos. Llevó a la universidad a estudiosos como el arquitecto Carlos Milla, quien es de los pocos en nuestro país que se asume como un hombre quechua y que dice pensar como hombre quechua. Estos son hechos de profundo significado cuando la realidad nos muestra día a día que estos intentos son todavía vistos en nuestra sociedad como algo exótico, por decir lo menos. Con estos actos, Fernando Cabieses expresa su respeto a las manifestaciones de una vertiente cultural ancestral, pilar de nuestra peruanidad.

Fernando Cabieses nos enseñó, junto a ese amor por conocer la realidad humana, a buscar las verdades de la cultura antigua peruana en sus protagonistas actuales. En aquellos hombres que aún poseen memoria de los conocimientos del antiguo hombre peruano. Sus libros hurgan la verdad en lo que los cronistas narraron hace siglos. De su obra deducimos una lectura vasta de ellos, pero además entrevista al hombre de hoy, al hombre de Chorochochay –pueblo ignoto, por lo menos para mí– que le sirve de clásica referencia para ubicar al Perú profundo, a aquellos hombres del campo que encontró día tras día como humildes pacientes en los hospitales públicos mostrando el valor y respeto que le merece el ciudadano de a pie.

Nos enseña, así, que el estudio de la historia viva, como llamaba a estas entrevistas, es trascendental y fundamental para conocer los valiosos aportes que el Perú histórico ha hecho a la humanidad. Hombre sumamente culto y de gran memoria que gustaba de leer la historia de las ideas en los clásicos y en los investigadores modernos, aprende que entre sus pacientes, en la biografía íntima del hombre peruano, podía descubrirse el Perú de la cultura deslumbrante y, por supuesto, las heridas que mantenemos sin cura.



¿Por qué una mujer de Chorochochay no acepta ir al hospital para dar a luz y una señora mirafflorina preferiría que la atienda un médico recién graduado que una partera de aldea? ¿Qué es el chucaque, el mal de ojo, o el susto?

Cabieses enseña que la medicina es un sistema vinculado a la cultura y nos dice que esta es "la manera en que cada grupo humano percibe su propio mundo y el que le rodea", y que ella "impregna la problemática de la salud". Quienes pensamos que la sociedad peruana actual arrastra taras de racismo y corrupción que laceran la cotidianeidad de sus miembros, nos preguntamos cuánto y cómo afectará la vida de los peruanos, si cada vez reconocemos más la presencia psicossomática en el origen de muchas enfermedades.

De la medicina y el amor al ser humano, de este reconocer que el entorno afecta la salud personal, surge su enamoramiento de las ideas de igualdad social y de ella la búsqueda de Fernando Cabieses por encontrar solución a la presencia del indígena en nuestra sociedad. Recordemos que Fernando Cabieses nació en Mérida, México, en 1920, hijo del peruano Eduardo Cabieses Valle-Riestra, cónsul de nuestro país en esa ciudad, y vivió las secuelas de la revolución mexicana que llevaron incluso a la pérdida de la fortuna familiar, pero vive y aprende también de la búsqueda de justicia y de equidad. Estos sentimientos de solidaridad de Fernando Cabieses son en él profundamente cristianos. Dicha fe lo acompañó siempre: se reconocía en la foto con Juan Pablo II que relucía en su escritorio; también decía que él no creía en Dios sino que él sabía que Dios existe; Cabieses expresaba que era el único dogma que su pensamiento científico aceptaba. Recordemos que hizo la primera comunión en un sótano de la ciudad de Veracruz oculto de la persecución anticlerical de la revolución mexicana.

Sin embargo, la observación durante su adolescencia del movimiento indigenista mexicano trazó su sensibilidad adulta. Por ello su interés y simpatía por el movimiento indigenista de nuestro país, del cual se alimentará y convertirá en algo así como un militante científico. Fernando Cabieses se aproxima desde la investigación científica en la historia del antiguo Perú a motivar su renacimiento cultural, hurga en el pasado para crear verdades a futuro. Posee una duda

motivadora. Cómo un país con un pasado cultural indígena de enorme importancia puede vivir de espaldas a él, observándolo con desprecio o ignorándolo. Alguna vez me dijo lo chocante que le resultó la frase "tan feo como un huaco". Para la sensibilidad, cultura e inteligencia de un hombre que ha aprendido del orgullo mexicano por su cultura, resulta chocante esta carencia de criterio de nuestra sociedad, ese pensamiento inexistente hacia lo indígena, como él lo describe. Ese vacío egoísta y discriminatorio a pesar de ser un país construido sobre lo indígena. Sus enseñanzas sobre los aportes que el desarrollo y la investigación genética prehispánica han producido para el mundo. El hacernos conocer que la papa, el pato doméstico, el ají, el maíz y tantos otros aportes alimenticios permitieron que una población de quince millones de habitantes fuera encontrada bien alimentada, sin tomar leche y comer huevos, era una de las tantas expresiones que educaban en la cotidianeidad de su conversación.

El indigenismo para Fernando Cabieses no fue solo una alternativa estética, fue una aproximación respetuosa y científica al conocimiento prehispánico que, como él nos dice, es la base de la belleza que nos legan estos antepasados. Si bien la investigación por las trepanaciones craneanas, en colaboración con el profesor Juan Lastres, y los libros *Reflexiones sobre el indígena* o *La terminología neuropsiquiátrica en el Quechua del siglo XVI* podrían ser el vínculo fácil entre el científico neurocirujano y el conocimiento prehispánico, la observación de la obra de Fernando Cabieses nos muestra que no es así. La relación es más compleja, él es un militante social, ama a su sociedad y el conocimiento científico es su manera de aproximación. El estudio de la coca, tema de su tesis de doctorado en Biología lo convirtió primero en un pionero, como ya hemos señalado, pero además inició al Fernando Cabieses social, al Fernando Cabieses antropólogo. Queda marcado por su indignación ante la visión que nuestra sociedad poseía de la relación entre el indígena y la coca. Fernando Cabieses no solo observa la planta y sus efectos, observa su uso como instrumento del dominante hacia el dominado. Fernando Cabieses rechaza a la coca como la causa del atraso indígena para observarla como el paliativo ante el extremo cansancio del indígena por tanto abuso social. Su investigación nos presenta





a la coca como un instrumento del yugo del dominador y no como un instrumento de placer del indígena. Fernando Cabieses planteó, en su tesis doctoral de hace sesenta años, un derrotero hasta hoy vigente: la relación de nuestro pueblo con la coca solo puede ser resuelta mediante la investigación seria y empática con los involucrados en este problema. La comprensión que la coca nunca fue ni es el placer del campesino, y que hoy es nuevamente el refugio económico de un importante grupo de peruanos todavía excluidos por la sociedad formal dominante. Es el refugio, nos dijo alguna vez, de una sociedad pobre y subdesarrollada al servicio del placer demandado por el dominante.

Su enamoramiento de las ideas de cambio social, con la izquierda de su tiempo, le permite a Fernando Cabieses desarrollar el conocimiento y la ciencia como instrumentos de la revolución social. Expresa su militancia política ejerciendo los valores de solidaridad y democracia. Fernando Cabieses, que provenía de una familia pudiente simpatizante de Porfirio Díaz y que fue afectada por la reforma agraria mexicana, va a ubicarse ideológicamente en la acera opuesta. Médico personal de Haya de la Torre y militante

aprista, lo marca más la verdad social que el pasado familiar.

Pero su gran ejemplo educativo es saber plantear su verdad y sostenerla independiente de los adjetivos y los temores de otros. Mantener su independencia personal a pesar de la militancia partidaria. Él es un militante, pero es también un ser autónomo que nunca se refugia ni supedita al grupo. Es sintomático que en 1988, en pleno conflicto social, dedique su novela *Narración de una conquista* a los equivocados de la violencia y diga: "Es una frase suelta en el océano de la incertidumbre que hoy vivimos en este Perú querido donde hay equivocados en todos los bandos. Dios y Viracocha nos amparen. Al final todo es lo mismo".

Otra gran aventura en la que discurrió la vida de Fernando Cabieses fue el amor a la biología. Desde el inicio, este amor estuvo entrelazado a su amor a la medicina. "Fue amor a las moscas", solía decir, "de niño, me gustaba tener un hospital de moscas donde las curaba y las hacía revivir". Este amor lo llevó a estudiar la carrera de Ciencias Biológicas, de la cual egresó paralelamente a Medicina en San Marcos. Las moscas y



los insectos, como es natural, lo llevan a las plantas y a Weberbauer, de quien fue alumno y a quien, nos dice, "perseguía en sus viajes". Cuando oíamos a Cabieses hablar de las más de tres mil fotos de plantas de su archivo, de las innumerables visitas a los mercados en cada viaje dentro del país para descubrir algo nuevo, reconocíamos también al discípulo aplicado.

Su pasión por la botánica lo llevó, además de sus estudios sobre la coca, a sus investigaciones del San Pedro y la ayahuasca, es decir, las tres emblemáticas plantas mágicas de la sierra, costa y selva, respectivamente; así mismo, investiga el uso del tabaco, el chamico y el floripondio. Estos estudios lo hicieron acreedor al Premio Roussel en 1988 por su ensayo "Las plantas mágicas del Perú primigenio". Sus investigaciones sobre estas y otras plantas muestran diversos enfoques. Su rol de antropólogo e historiador experto de la medicina prehispánica, le permite interpretar correctamente las representaciones del cactus en los rituales mágico-religiosos de la pictografía de los ceramios prehispánicos. Por otro lado, la investigación como neurólogo le permite descubrir la acción de estas plantas en aquellos complejos procesos que se gestan más allá de la conciencia, como son las premoniciones, las alucinaciones, los ensueños, la afloración de memorias instintivas o genéticas, es decir, las funciones psicológicas subconscientes. Como antropólogo nos enseñó que las poblaciones que utilizan estas plantas mágicas lo hacen alejados del placer, del escapismo o la adicción. Su uso en esos grupos culturales de nuestra sociedad, antes y ahora, responde a un acto serio y aceptado por la sociedad en que se realiza, ceñido a ritos que lo colocan en el plano más elevado de la vida cultural de dichos grupos humanos. Como científico nos enseñó que su uso actúa sobre los transmisores químicos, aquellas sustancias que interconectan las neuronas. Su estudio de la psicofarmacología le permite relacionar la acción de los alucinógenos con la génesis del pensamiento esquizofrénico.

El estudio de la botánica también le permitió profundizar el estudio de la medicina tradicional de nuestro país. Fernando Cabieses afirmaba que el pensamiento médico moderno siempre ha recurrido a las antiguas medicinas. Sin

embargo, a veces la medicina formal no logra escapar de la soberbia, no permite que se ataquen verdades que aparentan ser totales. En 1979, junto a Carlos Alberto Seguí, otro gran médico peruano, desarrollan el Primer Congreso de Medicina Tradicional. Sin embargo, Fernando Cabieses fue amonestado por el Colegio Médico de entonces por tratar de romper las barreras que separaban a la medicina oficial de la medicina tradicional. Felizmente, recibió el respaldo de prestigiosos colegas como Óscar Miró Quesada.

Fernando Cabieses, como hemos dicho, tuvo un enorme mérito a destacar. Nos referimos a su trabajo constante por publicar y difundir el conocimiento. Refiriéndose a alguna de sus obras dice: "No ha sido trabajo sencillo, pero ha sido subyugante como para dedicarle todos los pequeños rincones de tiempo que mi tarea médica y mi veneración por la cultura nacional me dejaban vacíos". Así, publicó además de *Apuntes de medicina tradicional, Definición y delimitación del concepto de medicina tradicional, Medicina tradicional y Perfil profesional de médico*. En 1990, creó el Instituto de Medicina Tradicional. Gracias a este esfuerzo de Cabieses, el Perú es el primer país en Latinoamérica en cumplir con las recomendaciones de la OMS y pionero en el continente en el estudio de la medicina tradicional y las plantas medicinales nativas de nuestro territorio.

Como siempre, sus investigaciones irán más allá, hurgando en lo que él llama la irracionalidad de la antigua medicina peruana, lo mágico, lo místico, el pensamiento chamánico. Sabemos que la ciencia avanza destruyendo paradigmas que ella misma creó. La medicina necesita basarse en verdades casi absolutas para poder actuar y alguna vez, sin querer, hasta las ha inventado. En *Apuntes de medicina tradicional: la racionalización de lo irracional*, Fernando Cabieses aporta su saber médico no solo para comprender la medicina tradicional, sea china, indostánica o peruana, sino a la posibilidad de descubrir verdades donde la racionalidad ve charlatanería. Cabieses nos dice que, a diferencia del dominio científico, el pensamiento chamánico acepta cualquier verdad de origen popular, no piensa que existen imposibles. A contracorriente de la ciencia, no estructura paradigmas para su desarrollo, sino incorpora tanto los conocimientos antiguos como los más modernos. Así, nos ilustra en el



sincretismo existente en los ritos chamánicos y sus vinculaciones con la misa católica en la enorme terminología quechua, para definir el cuerpo humano y sus emociones, que nos permiten observar esos hilos entre las medicinas orientales e indostánicas y la prehispánica, destacando lo importante: la visión holística de la salud humana que la medicina actual debe recoger.

Su amor por el país lo llevó a ocuparse de otro tema clave para el desarrollo nacional como es la educación. Le preocupó la educación en medicina, la formación del médico, y dejó San Marcos para fundar la Universidad Cayetano Heredia, de la cual se apartó por su preocupación pionera sobre el énfasis en la formación humana del médico evitando el cientificismo. Le preocupó también el acceso a la educación y promovió un fondo de becas que daría origen al Instituto Peruano de Fomento Educativo. Asume las inquietudes de Tomás Unger, gran amigo suyo, sobre el porqué y el cómo, y las desarrolla en su análisis sobre la educación para resolver los grandes problemas del desarrollo de la investigación y el uso de la tecnología. Si el educador no estimula los porqués, es imposible que aparezca la actitud de la investigación, es decir, el pensamiento científico. Podrá aprender el cómo usar la tecnología, pero la tecnología sin este pensamiento, sin una vocación por la ciencia, nos reduce a usar siempre la tecnología de otros, nos dice. Regresa entonces a sus investigaciones sobre nuestro pasado indígena para rescatar cómo la libertad se expresa creativamente en la investigación, que, como hemos dicho, es un elemento importante de las culturas prehispánicas y que los convierten, hasta hoy, en los mayores desarrolladores genéticos de alimentos y plantas medicinales para el mundo. Para contrastar luego la ideología presente en nuestro pasado hispánico con el conservadurismo español dogmático de la época, que acuñó frases como "... dejémonos de químicas, que nuestros antepasados curaron bien sin estas novedades...", temas destacados en su ensayo *Educación para la ciencia y tecnología*, donde refiere también que "es ese pensamiento dogmático el que hace que nuestros jóvenes y niños sean obligados

a memorizar lo que dijo –y solo lo que dijo– el maestro... o el libro".

El aporte a la educación se manifiesta en importantes títulos publicados como: *Nuestras necesidades educativas*, *Tecnología y educación permanente*, *La tecnología de las comunicaciones y la educación*, *Educación para el desarrollo del hombre*, *Educación para el renacimiento rural*, *Recomendaciones sobre la aplicación del crédito educativo al desarrollo agropecuario*, *Filosofía del crédito educativo*, *Cambios en la educación para el cambio*, *Las migraciones intelectuales* y *Educación para la ciencia y tecnología*. Así mismo, durante su vida académica fue miembro y directivo de innumerables sociedades científicas, lo que unido a su labor como docente universitario, profesor emérito de las siete universidades públicas más importantes del país, profesor clínico de Neurología de la Universidad de Miami, creador del Museo Peruano de Ciencias de la Salud y del Museo de la Nación, rector fundador, décadas después, de la UCSUR, entre otras actividades académicas, ratifican por qué se hizo merecedor al grado de Amauta en Ecuador y de las Palmas Magisteriales en el grado de Amauta en nuestro país.

En la investigación de la salud y el bienestar de la humanidad, Fernando Cabieses se embarcó en otra aventura pionera: la unión del hombre físico, observable por la ciencia, con el ser en su esencia. Fernando Cabieses ingresó a terrenos que, nos confesó alguna vez, lo atraían y lo asustaban. Un terreno tan atractivo, nos decía, que "personas muy serias a las que he mostrado el pensamiento chamánico se afilian", y que él, respetuoso de la verdad pero sobre todo con enorme sentido de responsabilidad, decidió dejar de atraer a otros hacia un conocimiento que él aún no sabía dominar. Fernando nos decía, quien sabe con algún temor: "yo quiero seguir siendo médico". La medicina académica requiere de un marco de seguridad indispensable para ejercerla. Sin embargo, él sabía que, más allá de las fronteras de la medicina, se vislumbra un conocimiento que deberá incorporarse tarde o temprano.

En *Apuntes de medicina tradicional* nos introdujo, entre muchos temas, al



conocimiento de la conciencia colectiva, a reconocer que existe en nuestras neuronas un recuerdo ancestral, conocimientos milenarios que generan comportamientos como especie. Nos hizo aprender que, así como poseemos temores en nuestro inconsciente creados en nuestra niñez, poseemos otros temores genéticos, por decirlo de alguna manera, a situaciones que no hemos vivido como individuos pero sí como especie. ¿Qué tan poderosos son los procesos subconscientes ejecutados por esas otras millones de neuronas de las que aún no reconocemos su función? ¿Están, quizás, en esos millones de neuronas la memoria vívida de nuestros antepasados que creemos verlas como *déjà vu* o vidas anteriores? ¿Si Dios está en todas partes, está en ellos Dios o son esas neuronas las que nos permiten comunicarnos con la energía y la sabiduría de Dios?

Fernando Cabieses ratificó su actitud de sabio aventurero y pionero al ir más allá de la realidad académica, al ir más allá de lo explicable demostrando su raíz de investigador nato, pero actuando con el respeto de lo que no puede decirse como verdad. Cabieses decía: "yo expongo el problema, intento descubrirlo". Así, investigó lo místico y lo mágico expresando su sentir y dejando que el lector entienda con total libertad. Así define la investigación: un constante plasmar de dudas que se responden y generan nuevas. "Debemos dudar, decía, mientras más dudas, más maravilloso ha de ser tu despertar. Si dudas poco tu despertar será mediocre. Y si no dudas ¡nunca despertarás!".

Fernando Cabieses entrevistó chamanes, probó sus alucinógenos, su pasión por

la ciencia lo llevó al más allá de la ciencia. Destacó por sus investigaciones sobre la uña de gato, la maca, el ají y muchas otras plantas, pero con humildad siempre dijo que lo por él escrito no es ni la cincuentava parte de lo aprendido y observado en cada mercado en sus innumerables viajes a lo largo del país.

Fernando Cabieses murió sabio, nos legó su intelecto y bonhomía pero también su actitud aventurera, capaz de emprender cualquier proyecto por más difícil y trascendente que este fuera, como llegar casi a la Antártida con más de 80 años. Todo ello nos hizo sentirnos honrados del simple gozo de su conversación, todos los que estuvimos cerca de él fuimos tocados con el ejemplo de su fructífera vida. Una vida rica en conocimientos, en un hombre, quizás por ello, ajeno a los bienes materiales, una vida que excede lo que cualquiera de nosotros soñaríamos vivir en la nuestra: médico ilustre, científico, antropólogo, novelista, músico intérprete del trombón, campeón de lucha libre, político, viajero incansable.

Fernando Cabieses dijo de él mismo: "Mi propia formación es la de un activo neurólogo y neurocirujano con una especial inclinación por la historia y la antropología y amores ilícitos con la botánica y la farmacología. Quizás una mezcla incoherente y bizarra, pero que me ha permitido gozar inmensamente de todo lo vivido en el hospital, en el laboratorio y al lado de la sabia gente humilde de las aldeas y de los campos".

Así fue su vida, una aventura feliz lograda con el saber. Así fue el Maestro, doctor Fernando Cabieses.